

SERMON 2.º

DE LOS

DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA.

Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.

Estaba junto á la Cruz de Jesus su Madre.

Joan. cap. XIX, v. 25.

Todo respira hoy en este lugar santo desolacion y amargura: los ministros del Dios de paz se hallan compungidos, y los fieles que siempre rodean con alegría los bellos simulacros de la protectora de la humanidad, de la bellísima Virgen de Judá, traen hoy marcados en el semblante, signos que demuestran la tristeza que se ha apoderado de sus corazones. ¿Sabreis decirme M. A. O., la causa que motiva tanta pena? ¡Ah! Que yo fijo mi vista en esa enlutada Imágen, y comprendo que es imposible manifestar hoy alegría en su presencia. María, el objeto de nuestro acendrado amor sufre honda pena; su corazon se halla de parte á parte dividido: ha presenciado la crucifixion de su divino Hijo, y háse cumplido con la mayor exactitud el vaticinio de Simeon cuando dijo, penetrando divinamente el porvenir: *Et tuam ipsius*

animam pertransivit gladius: Una aguda espada de dolor traspasará tu alma.

¿Y qué esperais de mí, cuando debo hablaros del tormento de la bendita Madre de Jesus durante la trájica escena del Calvario? ¿Tal vez elevados conceptos, ó que ponga en juego las galas del buen decir? Vana seria en este caso vuestra espectacion, porque aunque para ello fuese proporcionado mi tosco entendimiento, el asunto que nos ocupa no ha menester elocuencia: es mas propio para pintarse con lágrimas que con palabras. Una Madre como María, que vé padecer y morir á un Hijo como Jesus, y que permanece despues inmóvil al pié del patíbulo Santo donde ha consumado el sacrificio de su vida, es un espectáculo terrible, que apenas puede concebirse, ni mucho menos esplicarse.

Yo me acerco, M. A. O., al monte del Señor, y veo desfigurada toda la brillantez de la hermosa Noemis: dirijo mi vista á la cátedra sagrada de la Cruz, y veo una mujer en la que no descubrí los rasgos con que fuera anticipadamente anunciada por los Profetas. ¡Ah! Que la señora de las naciones ha quedado como desolada viuda: la ciudad que era tan populosa en otros tiempos ha quedado desierta y como abandonada. ¿Eres tú, ¡oh purísima María! aquella criatura hermosa que viera San Juan en su maravillosa vision, vestida del sol, teniendo por escabel la luna, y la cabeza adornada con una corona de doce estrellas? ¿Eres tú la que fuiste adornada con mas gracia y riquezas que cuantas reunieron todas las demas hijas de Sion? ¡En qué estado tan triste y angustioso os encontramos!...

Cuando el Evangelista Juan, M. A. O., no encon-

trando palabras con que pintar el martirio de la Santísima Virgen, se contenta con decir que estaba al pié de la Cruz de Jesus su Hijo, dejando que el entendimiento medite lo que á la lengua le es imposible explicar ¿qué podré yo decir en mi deseo de satisfacer vuestra justa espectacion? Haré cuanto me sea posible para haceros comprender, que María fué mas que mártir, pues que su dolor y el tormento de su corazón es superior á todos los tormentos que han sufrido los mártires de todos los siglos. Imploramos los auxilios de la divina gracia, por la intercesion de la Santísima Virgen á la que saludaremos devotamente, si bien llena de dolor, también llena de gracia. *Ave María*

PARTE ÚNICA.

Desea, señores, un devoto contemplativo, y cantor afectuosísimo de las grandezas de la Santísima Virgen, hacer comprender de algun modo la magnitud de los dolores de la Señora, en el Calvario y dice que es necesario subir cinco gradas que nos elevan tanto cuanto basta para hacernos ver el exceso de estos dolores ó al menos confesar que no hay lengua humana capaz de explicarlos. Subamos con tan piadoso escritor estas cinco gradas y al fin de ellas veremos con cuanta justicia la Iglesia llama á Maria Reina de los mártires (1).

En primer lugar es mujer; por consiguiente de un natural tierno y compasivo. Sabido es que

(1) La siguiente explicacion de las cinco gradas por las cuales hemos de elevarnos al conocimiento, aunque nunca perfecto, de los Dolores de la Madre de Dios, es del P. Francisco D'Argentan, en su preciosa obra *Grandezas de la Santísima Virgen*, cap. XXIV.

las mujeres son mas sensibles á la alegría como al dolor, y siempre se ha observado que los padecimientos ajenos escitan en ellas mas compasion que en los hombres. Pero María como en todo fué superior á las demas criaturas, no ha habido mujer alguna dotada de un corazón tan tierno y compasivo como el suyo.

En segundo lugar es madre: bien sabeis M. A. O., que no hay amor alguno que pueda compararse con el amor de una madre. Pues bien, añadid á esto que María es Madre de su Hijo único. El dolor de una buena Madre en la muerte de su único hijo no admite consuelo, porque es una pérdida irreparable. Además el Hijo único de quien es Madre vale mas que todos los hijos de todas las madres juntas; por tanto le ama ella mas que todas las madres juntas hayan amado á sus hijos; por consiguiente el dolor natural que la acongoja en su muerte, es tal, que todos los dolores de las otras madres jamás igualarian al suyo. Empero lo que debe exacerbar infinitamente su dolor, es que aquel Hijo único de quien se vé privada, por la muerte, era para ella todas las cosas, y perdiéndole todo lo pierde.

En efecto, señores; esta segunda reflexion ó grado que nos vá llevando al conocimiento de los dolores de la Virgen, nos demuestra suficientemente lo hondo de su martirio. A mas de que María era verdadera Madre de Jesus, sabia que este su Hijo amadísimo era verdadero Hijo de Dios, y tenia un exacto conocimiento de todas sus perfecciones. Así, pues, le veia afeado en la Cruz y sabia que era la misma hermosura: sufriendo cruelísimos tormentos y sabia que era como Dios impasible, y sufre y padece en

el fondo de su corazón viendo realizarse el gran misterio de la Redención humana, sin exhalar la mas mínima queja, á través de la aguda espada de dolor que traspasa su bendita alma. Pero sigamos subiendo con el contemplativo que nos vá sirviendo de guía las gradas de nuestras reflexiones.

Decíamos que María, perdiendo á Jesus, todo lo perdía; por eso el devotísimo padre San Bernardo, llora con ella y pone en su boca estas palabras, llenas de ternura y de amor: *Tu mihi pater, tu mihi mater, tu mihi sponsus, tu mihi filius, tu mihi eras omnia*; ó Jesus Hijo único de Dios vivo, é hijo único de su humilísima esclava, que te vé morir en esta Cruz, tú eres para mí todas las cosas; tú eres mi padre, eres mi hijo, mi esposo, mi Dios y todas las cosas: perdiéndote, ya nada me queda en el mundo. Contemplemos que María mujer y madre, presencia la trágica escena del Calvario: que está presente á la crucifixion de su divino Hijo, y habremos subido la tercera grada en nuestra meditacion. Ciertamente es muy doloroso para una madre, recibir la noticia de la muerte de un hijo, y mucho mas si aquella muerte ha sido desastrosa. Así el infierno trató de vencer la inalterable paciencia de Job, haciendo que sus criados le fuesen llevando las noticias de las pérdidas de sus hijos; sin duda que su afliccion se hubiese aumentado si hubiese estado presente á los estragos y desgracias que se le anunciaban. Ahora bien: María no oye referir los tormentos que la ingrata sinagoga ha hecho experimentar al Hijo de sus entrañas: ella no espera que la traigan nuevas de tan tristes acontecimientos. Sus mismos ojos son testigos de cuanto ocurre en el Calvario, y así es que cuanto pade-

ce Jesus en su cuerpo lo sufre María en su corazón: *Quot lesiones in corpore Christi; tot vulnera in corde Matris*. Si como la misma dolorosa Reina, reveló á Santa Brígida, fué tan general y violento el dolor que las criaturas sintieron por la pasión y muerte de su Criador, que no solo el cielo y la tierra, los astros y los elementos manifestaron su duelo, sino que el corazón de sus propios verdugos estaban turbados, y que los mismos demonios, aunque enemigos declarados de Dios, experimentaron por ello un aumento de penas mas crueles que el infierno, ¡qué estrago no causaría dolor [tan violento en el corazón de tan amantísima Madre!

Hé aquí, ¡oh María purísima! aquella espada de dolor que anunció Simeon traspasaría tu alma. Ya eres mas que mártir porque no hay dolor, no hay tormento, no hay martirio posible que pueda compararse con el que experimenta tu corazón. ¡Por qué quisisteis presenciarse la trágica escena del Calvario! ¡Por qué no permanecisteis en vuestro retiro en compañía de los Apóstoles! Pero era preciso, señores, que María fuese testigo de todos los tormentos y de la muerte de su divino Hijo: debía dejar al mundo el mas perfecto modelo que imitar de obediencia y resignacion.

Subamos otra grada, y consideremos á la obedientísima María, inmóvil junto á la Cruz, de la cual pende su divino Hijo. Nadie ha sabido expresar mejor que el Padre San Bernardo, todo el tormento de su corazón amante. María, dice, se vió libre en su parto de dolores por su virginal pureza. Pues bien, al pié del leño santo es donde sufre aquellos dolores: *Ibi dolores ut parturientis*. Sí: pagó aquellos dolores y los pagó con usura. Jesus se halla próximo á exhalar el pos-

trimer aliento: su Madre fija su vista en aquel rostro desfigurado y cadavérico cubierto con la sangre que brota aun por las heridas de la corona. Ahora es cuando puede esclamar: Atended y ved todos los que por aquí pasais si hay un dolor que pueda compararse con el mio.

La divina Víctima abre por última vez sus lábios y anuncia que ya ha consumado la obra para la cual fué enviado por su Eterno Padre. *Consummatum est*, esclama, é inclinando la cabeza sobre el pecho, exhala su postrimer aliento. Ya concluyeron para el divino Reparador los dolores y tormentos: al tercer dia de su muerte resucitará por su propia virtud y despues subirá al cielo á ocupar su trono á la diestra de su Padre. ¿Pero y María? ¿Ha concluido ya de padecer? ¿Tuvieron fin los tormentos de su corazon amante? ¿Ha caido de su cabeza la diadema de tribulacion que la ceñia? De ningun modo: antes bien ahora se acrecientan sus dolores si es que en ellos cabe aumento. Le ha visto en manos de sus enemigos, despojado de sus vestiduras y hecho el oprobio de aquella turba infame que se complacia en atormentar á la divina Víctima: ha presenciado el acto cruel de la crucifixion: cada golpe del martillo destrozaba á un tiempo el cuerpo del Hijo y el corazon de la Madre: le habia oido clamar que tenia sed y no le habia sido posible refrigerar su garganta: le habia visto por último padecer del modo mas cruel, sin haberle podido proporcionar alivio. ¡Cuánto dolor! ¡Qué angustia tan terrible!.. Pero ahora ya Jesus ha dejado de existir y á su desconsolada Madre ni aun le queda el consuelo de escuchar su voz ni dirigirle su palabra. Ahora se encuentra como triste y desamparada viuda: faltándole su Jesus le ha faltado la luz de sus ojos y la vida de su alma.

Considerad, mis amadísimos hermanos á esa tierna y cariñosa Madre, inmóvil al pié del leño del cual pende el cadáver de su Hijo: contempladla allí firme como una roca, y conocereis que es una mujer fenomenal, una heroína incomparable. No me recordeis en este momento, las cruces, las mortificaciones, las amarguras con que Dios ha querido probar á los justos de ambos Testamentos, ni tampoco llameis mi atencion á los crueles tormentos en las que dieron su vida por la fé los mártires de nuestra religion augusta. Nada es comparable con los dolores de la Santísima Virgen María. Cuando ya Jesus se hallaba cadáver recibió una nueva injuria. Uno de los soldados abrió su costado al golpe de una lanza. La injuria fué para la sagrada humanidad del Redentor, pero el dolor quedó reservado para el corazon de la Co-redentora, como ella misma la reveló á Santa Brigida. *Tunc videbatur, quod quasi corpus meum perforabatur, cum vidissem corpus Filii mei perforatum.*

Decidme, cristianos: ¿No habrá quien á través de tan terrible angustia preste algun consuelo á la afligida Madre? ¿No habrá lenitivo para la angustiada hija de Sion? ¡Ah! Que todo es para ella afliccion y penas. Mira al cielo; clama al Eterno Padre, pero Este que ha tenido su mano levantada y que la ha descargado de un modo el mas terrible sobre su mismo divino Hijo parece no escucharla. ¿Dónde está ahora aquel celestial Arcángel que vino un dia á saludarla, llena de toda gracia y á anunciarle su altísima dignidad de Madre de Dios? ¿Dónde están los Apóstoles, compañeros de Jesus y sus amados discípulos? Poseidos de espanto y de temor ni se han atrevido á presentarse en el lugar de los tormentos. Solo Juan ha tenido va-

lor para acompañar á la mas pura y mas atribulada de todas las madres. ¿Qué esperas, pues, oh María, en ese lugar de sangre? ¿Por qué no te retiras al Cenáculo? Pero no: María aun permanece inmóvil al lado de la Cruz: *Stabat juxta Crucem Jesu mater ejus*. Su amor casi infinito, dice el doctor angélico, hizo que su dolor fuese tambien casi infinito. Dios quiso, dice San Gregorio Niceno, que Abraham presenciase la muerte de su querido Isaac, pero dispensó de esto á Sara, porque dotada de un corazon compasivo podia morir de angustia y de afliccion. Ni este privilegio fué concedido por el cielo á la mujer modelo: ella no solo presencia la muerte de su Hijo con todas sus dolorosas circunstancias, sino que permanece despues inmóvil al pié de la Cruz, dando á los mortales el mas sublime ejemplo de paciencia, de humildad, de obediencia, de conformidad con la voluntad divina y de todas las demas virtudes. *Stabat juxta Crucem Jesu Mater ejus*.

Hiciste bien, Evangelista Santo, en no añadir cosa alguna con respecto á los dolores de María: tan breves palabras encierran los mas profundos conceptos, y meditadas con detenimiento son suficientes á arrancar á los ojos cristianos un raudal de amargas lágrimas.

He procurado, amados fieles, daros una idea aunque bien débil de los dolores de la Virgen: ojalá que su meditacion sirva para hacernos despertar del letargo de la culpa, y encender en nuestros corazones la llama del amor divino. Una compasion estéril y sin frutos seria vana. Cuando mas atravesado de dolor se hallaba el corazon de esta Reina soberana, fué constituida por su divino Hijo Madre de los humanos. Procuremos, pues, hacernos dignos de sus favores y sea por la imitacion de sus virtudes. Si á su ejemplo somos obedien-

tes á la voluntad divina; si vivimos en un todo conforme con cuanto la Providencia ordene de nosotros; si procuramos, en suma, por la práctica de las buenas obras aprovecharnos del fruto de la Redencion, entonces la devocion que profesamos á la Santísima Virgen, será aceptada por esta Reina de los Mártires; ella enjugará nuestrás lágrimas, mitigará nuestros dolores, nos dará consuelo en las aflicciones del mundo, y asistiéndonos en la hora de nuestra muerte, por su intercesion, despues de haber sido felices en el tiempo, seremos mas felices en las mansiones de la eternidad. Amen.